

## La Quimera de Plata (1)

por Daniel Vidart

**A**si como la zona noroccidental de Sudamérica los mitos sobre el oro, mas poderosos aun que las realidades decretadas por la presencia y abundancia del preciado metal, pusieron en marcha las máquinas de la codicia, dando origen a descabelladas expediciones de aventureros europeos. En la zona sudoriental de nuestro continente el Rio de la Plata fue la pretendida -y a la vez engañosa- puerta de entrada a los dominios del Rey Blanco, el señor de las minas argentíferas. Este rey era real. Se trataba del Inca, pero las imaginaciones de los conquistadores -azuzadas por las noticias proporcionadas por los indios, maleadas por las leyendas, deformadas por un persistente chisme que viajaba de boca en boca, de mente en mente, de fantasía en fantasía- aclaraban su faz cobriza, lo decoraban con una vellida barba y lo trasladaban desde Guzco, el ombligo del mundo, a los maticos terciarios de la actual Bolivia donde se yergue el Cerro Potosí, nacido a partir del parto tectónico que originó el plegamiento andino.

### NOMBRAR ES CREAR

Los textos escolares y aun los liceales no explican suficientemente por que nuestro gran estuario, o golfo hundido, acabó por recibir su actual nombre Rio de la Plata. Dicha denominación no se refería a cualidades propias. Impuesta por la ansiosa esperanza de trepar, remontando sus tributarios, hasta el mis-

naturales de encrucijada de los vientos y cuna de los naufragios, tal cual fue la de Inferno de los Navegantes, utilizada en algunas ocasiones. Se nos ha dicho y repetido que los indígenas guaraníes lo denominaban Paraná Guazú, esto es, «agua grande como la del mar», ya que Paraná deriva de «mar» (para) y «semejante a» (ana), lo que quiere decir «como el mar», mientras que Guazú significa «grande». Esta etimología no dejó satisfecho a Vicente Fidel López quien opinaba, allá por el 1869, que la voz provenía del quechua, que se pronunciaba Parará y que se traducía como «camino de agua». Significó una cosa o la otra lo que impuso a los conquistadores. Ellos, fieles al santoral cristiano y a las alusiones de los paisajes maternos, desestimaron el viejo nomenclator indígena transmitido por la tradición, y no por la escritura e implementaron el suyo, surgido del «descubrimiento» y consagrado por la norma alfabética imperante a lo largo de la grafía.

Nombrar, como en el Génesis, es algo semejante a crear. En Hispanoamérica los santos y las santas, los fastos de la iglesia y los héroes civiles o religiosos se apoderaron de los cabos, las islas, los golfos y demás referentes terrestres, hijos de la geografía, y se perpetuaron en la denominación de los pueblos y ciudades, hijos de la cultura y por ende, testimonios de las vicisitudes operadas a lo largo de la historia vivida. Dicha historia fáctica, existencial, es la suma de los acontecimientos protagonizados por los hombres consagrados y sus obras. Los antiguos mapas del Nuevo Mundo registran

Obsérvese que donde no llegó la primera oleada de los conquistadores y colonizadores persistieron los nombres indígenas. Esto puede comprobarse en la toponimia de nuestro país: las costas y su sistema de asentamientos humanos fundados por el conquistador el colonizador de la primera oleada recibieron nombres autóctonos, como de inmediato se verá mientras que el interior, el chúcaro y agresivo hinterland, desestimado por el largo tiempo como «tierra sin ningún provecho», constela en sus accidentes naturales todo un planetario de sonoros nombres guaraníes.

### EL MISTERIOSO RIO JORDAN

¿Será cierto que llegó América Vespucio hasta el actual emplazamiento de Montevideo en la temprana fecha de 1502?

Hay indicios cartográficos, ya que no testimoniales de tal posibilidad, pues Vespucio, quien viajaba con el portugués Gonzalo Coelho, no da cuenta de sus famosas Cartas, de ese puntual suceso. De todos modos los intérpretes de esas notables singularidades de aquel viaje, que habría llegado hasta los mismísimos litorales patagónicos, entre los que figura Roberto Levillier (América la bien llamada, 1948) afirman, basándose en la posterior cartografía que el navegante florentino penetró en el Rio de la Plata. Agregan, además, que al llegar al Cerro, esa minusculeta montaña que guarda la bahía, lo dominó Pinachullo DeTentio. Dice Levillier: «Nos parece significar por su etimología, Pinaculo ante el cual se detuvieron las carabelas, correspondiendo la designación, por su sitio, al cerro de Montevideo. Caetano Da Silva quiso interpretar esas dos palabras como el estuero litoráneo de Pinaculo Coelho Dentorio, manera patriótica de asociar un nombre portugués al descubrimiento. Singular que Varnhagen, capistrano de Albreu y Méndez de Almeida lo hayan apoyado. Harriette Pringle O'Pináculo de tentação apareció por primera vez en el mapa de Turin de 1523».

El futuro rio de la Plata, por su parte, habría sido denominado Jordan, y quienes procuran justificar un extraño nombre aducen que, según lo registran Reyes Abadie y Vázquez Romero (Crónica General del Uruguay S.F.), ello fue «en recuerdo de la tentación de Jesucristo por Satanás, asociada al bautismo del Redentor por San Juan (Bautista) en el Jordán, episodio que permite fijar la fecha del 10 de marzo de 1502 como la de la llegada de Vespucio al Plata».

La cartografía posterior incorpora al rio Jordan al nomenclator de las Costas Atlánticas de Sud América. La Carta de Weimar, sin fecha y sin autor, denomina de tal modo a nuestro rio al par que el testigo uruguayo es llamado «tierra de Solís» y el nombre de Jordan se repite en los mapas de Turin (1525), de Maggiolo (1527) y de Schönner (1533).

Después de este problemático viaje de Vespucio, negado por algunos historiadores, es muy posible, o mejor aún, casi seguro, que otros navegantes portugueses y franceses intentaran visitar las costas del Nuevo Mundo, una experiencia geográfica imprevista surgida de las aguas como el caparazón de una inmensa tortuga continental, emisora del desconcierto y la aventura. Estas navegaciones no se divulgaban. Las inéditas rutas y sus objetivos fueron celosamente hurtados a la curiosidad de los competidores europeos. Era menester callar, disimular, esconder. Por eso la historia no ha registrado en sus anales la narración de aquellas osadas travesías, preservadas como un secreto de Estado.

### EL CASCABEL DE LA TENTACION

El cascabel de la tentación sonó por vez primera en el año 1510. Armadores portugueses prohirieron a su «costa y minción», como por entonces se decía, un sigiloso viaje a las costas atlánticas de Sudamérica. Un anónimo italiano dio cuenta de ese viaje, el cual fue traducido al alemán en 1510 e incorporado por Francisco de Varnhagen a su monumental y por momentos fallible Historia Geral do Brasil, 1854. Según aquella relación los indígenas no se las anduvieron con chiquitas en cuanto a las promesas de oro y plata: «Os naturales carecem de ferro, e dao como no Brazil, por una chave quanto possuem. Tambem terreis satisfacao em saber que os viajantes annunciam haver obtido na ambocadura de un rio que fica na

distancia de duzentas leguas aquen do cabo para Europa, noticias da existencia pelos sertoes da muita prata, ouro e cobre... Ouviram falar de um povo nas serras, rico de armaduras feitas de chapas de ouro miúdo delgadas... O capitao traz consigo un morador do paiz o qual quiz absolutamente ver o rei de Portugal e dizer-lhe como se offerca trazer-lhe tanto ouro e prata que apenas o poderao carregar seus navios. Os moradores da costa disseram que, de quando en quando, ahi chegavam outros navios, cujas tripulações... tinham quasi todos a barba ruiva. Os Portuguezes creem por estes signaes serem Franceses... La fama de las riquezas del incendio y de la Montaña de Plata eran conocidos por los guaraníes y así se le contaron a los portugueses quienes, a partir de entonces, no dejaron de pensar en aquellos tesoros confinados en el corazón andino de América. Los navegantes anteriores a Solís -expediciones de 1511 y 1514 al futuro Rio de la Plata- escucharon también con goloso regodeo, estos relatos de los indios. Las nuevas tierras valían, sobre todo, por su potencial capacidad de proporcionar riquezas, cuanto más abundantes y fáciles mejor.

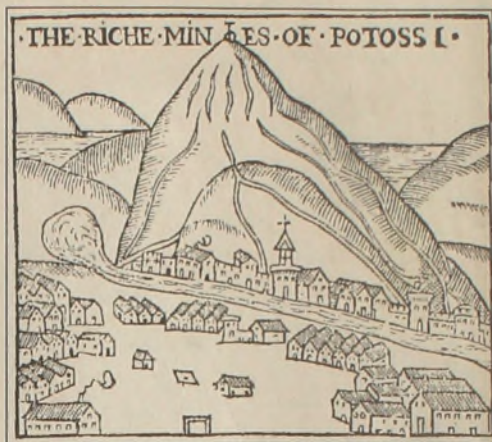
Los peregrinos en pos de la Tierra sin Mal, es decir, los impenitentes guaraníes, sin duda conocían los pueblos «vestidos» que habitaban en los contrafuertes de las altas montañas occidentales. Y también tenían fidedignas noticias sobre los señores que residían más allá todavía, en el lago Titicaca, grande como un mar, y la imperial Kosko (Cuzco), el ombligo del mundo. El cura de Mataka, Diego Felipe de Alcaya, cuenta de una expedición realizada «antes que a esta parte viniesen los españoles de España», evento que puede ser ubicado alrededor del 1510. Habla en su relación que los invasores, en número de ocho mil, «empegaron atomar noticia de donde sacavan aquella platta de que Guacane- uno de los caciques vendidos- hacia aquella vaxilla». Pero debemos pensar en anteriores guazabaras que uno u otra vez fueron rechazadas por los indios de las altas culturas, mejor armados y organizados. Seguramente que los guaraníes no iban tras la plata. Caminaban en pos de un brillante paraíso, en busca del esplendor de una tierra donde no existían ni el trabajo, ni la enfermedad ni la muerte. El brillo de los metales nobles y la fama de los grandes poblados vino por añadidura. Y esas relaciones llegaron al conocimiento de los europeos, dando así origen a una copiosa mitografía, pues como se verá otras quimeras giraron en derredor de aquel gran astro central de aquella resplandeciente luna de plata.

El Rio de la Plata y la Argentina son los tributarios geográficos de un antiguo ir y venir de noticias, desfiladas a veces históricas, otras y deformadas siempre, que corrieron como un chispoteante reguero de pólvora a lo largo del litoral atlántico. Esas noticias hicieron que Caboto desviara su expedición, que iba rumbo al Oriente, hacia nuestras costas. El sordo tintinear de la plata atrajo al desventurado Pedro de Mendoza y tras la quimera del blanco metal se movilizó el juego de sus capitanes Ayolas e Irala y nacieron los mitos de la Ciudad Encantada de los Césares y de los fabulosos tesoros de Trapalanda.

### A PARTIR DE SOLIS

Cuando llega Juan Diaz de Solís con sus tres carabelas en el 1516 según dice el Padre Las Casas, hace extensivo al rio señalado en el globo terráqueo de Schönner (1515), el nombre dado a cabo Santa María. Se dice entonces este su primer bautismo por un europeo. Pero la denominación Santa María duró poco al parecer. El mismo Solís, aguas adentro ya del tormentoso estuario, tumba de infinitas naves, comprobó que las aguas eran cada vez menos saladas si bien muy «espaciosas» y acabó por designarlo Mar dulce. No era Solís el primer peninsular en llegar a estas latitudes. Por lo lo menos se le habían adelantado tres expediciones si se incluye la de Vespucio, aunque quizás vinieron las de otros nautas desconocidos, salidos a la quitacallando de los puertos de España, Portugal y Francia.

Luego de la desastrosa muerte del Piloto Mayor, que se aproximó a tierra, no olvidarlo, que así cuentan los documentos- con la intención de atrapar algunos indígenas para subirlos a bordo y ulteriormente llevarlos, como bichos raros y útiles informantes, a la Península Ibérica, la gran escotadura de aguas pasó a llamarse Mar de Solís. Cuando arriban Magallanes y los suyos cambia nuevamente el nombre y se le denomina Rio de San Cristóbal. El Rio de la Plata casi seguramente fue designado de tal modo por los portugueses, quienes estaban enterados desde tiempo atrás acerca del cerro de Plata y el Rey Blanco que extraía de sus entrañas el codiciado metal. De todos modos el nombre se oficializa y sale a luz en los documentos cuando los declarantes en el pleito suscitado entre Sebastián Caboto y Diego García lo aluden con ocasión de la querrela en-



Primer grabado impreso de las minas de plata de Potosí. (Londras, 1581).

teblada entre ambos capitanes. Ese privilegio parece haberle correspondido al emperador Francisco Dávila, quien en enero de 1527 habla del Rio de la Plata en una célebre y sustanciosa Relación. Recién en el año 1536 aparece el nombre Rio de la Plata en el mapa de Battista Agnese y a partir de entonces su fama, su nombre y su magico atractivo se difunden en la cartografía renacentista y en los proyectos conquistadores de los capitanes. Ávidos de fortuna. Distinto y más tardío origen tiene la voz Argentina. Fueron los jesuitas quienes designaron de tal modo las comarcas aledañas a Chuquisaca, ciudad denominada también La Plata y Charcas. Al consagrarse como la capital constitucional de Bolivia hoy se la conoce con el nombre de Sucre. Pero no nos adelantemos y volvamos al destino padecido por los naufragos de una de las naves de la expedición de Solís.

De regreso a España sin su capitán, una de las tres embarcaciones de la frustrada misión de aquel que había partido de la Península en busca del paso entre los mares del Sur y del Norte (los océanos Pacífico y Atlántico respectivamente), se fue a pique en el Puerto de los Patos, sito en la costa brasileña. Este puerto se hallaba frente a la isla de Yuru-mirim denominada más tarde Santa Catalina por Caboto en recuerdo de su mujer. Tales accidentes marítimos eran comunes, y cuando la tripulación sobrevivía, como en este caso, estaban a mano de los avíos y provisiones de barco para afrontar los primeros tiempos y luego quedaba el recurso de conseguir mujer entre las aborígenes, de adoptar las costumbres de la tierra y de aindiarse, de mimetizarse con el medio, de medrar a cualquier precio. De tal modo los once dieciocho náufragos -el número varia según las versiones posteriores-, que estaban casados allí», como cuenta un testigo español en una misiva

fecha en 1524, se las amañaron para adaptarse a la vida de caza, pesca, recolección y sumarios cultivos de yuca, revelando una vez más la capacidad del hombre en situaciones extremas para adaptarse a distintos géneros de vida. Por otra parte los indios de esa zona no eran unos opas o unos sombríos salvajes como los describen los relatos etnocentristas del hombre blanco: sabían como obtener y preparar los alimentos, se habían organizado en sociedades simples pero diestras en el manejo del ambiente y su patrimonio cultural, una vez asimilado mediante el dominio del lenguaje, abría las puertas a visiones del mundo que complementaban y enriquecían las de los hombres europeos de Occidente.

En los comienzos del año 1517 una nave portuguesa recogió siete de los sobrevivientes. Los otros permanecieron en la costa y sus proximidades hasta que un barco español que recaló por esos parajes en el año 1526 detecta solamente cuatro de los marinos y soldados que ya se habían acostumbrados a vivir como los aborígenes y que con ellos, en armonía, compartían vidas y haciendas. Falaban varios, entre los cuales figuraba el portugués Alajo García y un puñado de compañeros que los habían secundado en la organización y acometimiento de un fantástico viaje hacia los dominios del Rey Blanco, donde se levantaba, repleta de metal, preñada por lucientes menas subterráneas, la Montaña de Plata. Dicho viaje fue determinado por los informes que circulaban entre los indígenas acerca de las riquezas existentes en unas lejanas montañas, más allá de las selvas y de las estepas sin agua y sin árboles. Había que caminar rumbo al sol poniente. Y los aventureros europeos y un ejército de dispuostos guaraníes un buen día se pusieron en marcha en pos del remoto objetivo. Pero esto lo veremos en el próximo capítulo.



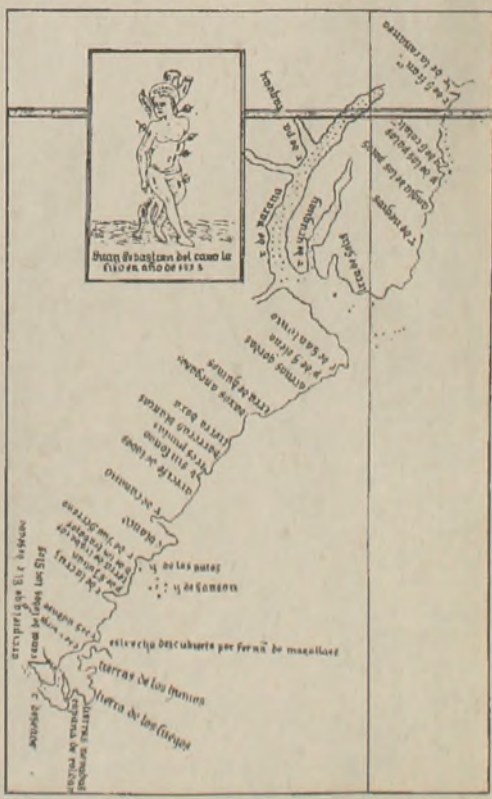
Indios del Brasil. Paris, 1562.

mo corazón argentífero de Sudamérica, se incorporó a la toponimia oficial desde los comienzos del siglo XVI. Desde entonces permanece invariable, luego del rápido destile de una toponimia tomazuda y coyuntural, privando sobre la que le correspondiera por sus condiciones

estas prótesis toponímicas, estas maneras de tomar posesión del espacio innominado -al menos así creían quienes venían de Europa- anegando de tal modo los designa- tivos indígenas de los lugares predestinados por los dioses, marcados por los mitos, dictados por los númenes.



América tal como aparece en el Globo terráqueo de Schönner.



Mapa de Juan Sebastián el Cano. (1533).